

ESQUELETO DEL SERMON I

SOBRE LA FIESTA DE PENTECOSTES.

Cum venerit ille (Spiritus) arguet mundum de peccato. (Joan. xvi, 8).

Quando él (el Espíritu) viniere, argüirá al mundo de pecado.

1. Arguye Dios al hombre de pecado desde el principio de los tiempos, y sin embargo el hombre no se muda... Arguye el Hijo de Dios al hombre de pecado en la plenitud de los tiempos, y sin embargo el hombre no se muda... Arguye, por fin, de pecado al hombre en este día el Espíritu Santo, y consíguese el intento, múdase el hombre. Múdase el hombre, porque... Los Apóstoles y los fieles antes tan inconstantes... ¿Serenuevan en nosotros estos cambios?... ¡Ah! yo bien lo deseo, pero lo ignoro, é ignorándolo, pregunto concretándome á un solo punto: Cuando se trata de defender la causa de Cristo, ¿sustituimos, como los primitivos cristianos, á nuestra timidez aquel valor que habla con valentía, que obra con intrepidez, que padece con constancia? Preparaos á responder á mis preguntas...

Primera parte: ¿Tenemos el valor que habla con valentía?

2. Yo derramaré mi espíritu..., decía el Señor por Isaías. Yo haré descender mi Espíritu..., decía por boca de Joel. Yo enviaré mi Espíritu..., decía el mismo Jesucristo. Estas dulces promesas se cumplieron. Pedro..., Santiago y Juan..., los discípulos todos del Nazareno, que cual tímidas ovejas..., revestidos ahora del Espíritu Santo, convencen..., confunden... En vano se les impone silencio... En vano se les amenaza... En vano se les castiga... Esto supuesto, pregunto: ¿Cómo procedemos nosotros en la defensa de la causa de Jesucristo? ¿Sustituimos?... ¿Hablamos?... Si el impío..., si el ateo..., si el deísta..., si el naturalista... alzan la voz, ¿hay alguno del pueblo..., de la nobleza..., ó del clero que se levante para rebatirlos?... ¿hay alguno que imite á Pedro contra Simon Mago,

á Juan contra Cerinto, á Pablo contra Imeneo?... Si la moral se ve ultrajada ora por..., ¿hay alguno de nosotros que?... ¡Ah! ¿podrá, pues, la impiedad...? ¿podrá la licencia..., y á todo esto tendremos cerrada nuestra boca?... ¿Cómo pues? ¿La impiedad, la molicie, la licencia medrarán entre nosotros sin obstáculo hallándonos dormidos como los pastores de Asur, condescendientes como los profetas de Acab, y mudos como los perros de Isaías?... ¡Oh vileza!...

Segunda parte: ¿Tenemos el valor que obra con intrepidez?

3. Las palabras han de acreditarse con las obras... El valor y la inactividad se rechazan mutuamente... La actividad de los Apóstoles está simbolizada en el fuego, al cual se compara el Espíritu Santo que reciben... Penetrados, movidos, impulsados por este, pasan de una á otra ciudad, de uno á otro mar, de... Gauros, drúidas, etc. Las nubes pacíficas corren... Los Ángeles acuden... Las naciones todas... No es ya tan solo en Jerusalem y en Garizim... El mundo entero advierte su repentino cambio... Veamos ya cuál es en esta parte nuestro valor. ¿Damos nosotros pruebas de intrepidez apostólica?... Si la seducción facilita la licencia, si..., ¿llorais vosotros los agravios inferidos á la Majestad divina?... ¿procurais atajar?... Hoy día que unos..., otros..., ¿hay alguno entre vosotros que como Moisés..., como Samuel..., como los Apóstoles... Discurrid..., y responded. También en nuestros días las hijas de Moab... ¿Hay alguno que muestre el celo de Finees...? ¿Hay alguno que se oponga á la licencia?... Reflexionad, y responded... Mas observo que callais ruborizados al ver lo que sois y lo que debírais ser...

Tercera parte: ¿Tenemos el valor que padece con constancia?

4. El valor debe acreditar las obras con los padecimientos... Volvamos por un momento á los Apóstoles. ¿Qué constancia no fue la suya en... Ni las afrentas..., ni el peso de las cadenas..., ni los azotes, ni el destierro, ni la muerte bastaban á perturbar su... Bien lo sabeis vosotros, ó hebreos..., mas á pesar de esto... ¡Oh ignominia!... Pasemos adelante. ¿Qué constancia no manifestaron los Apóstoles en... Resistían impávidos á las amenazas de los gobernadores gentiles..., y aun en medio de los tormentos... Débiles cristianos, poned la vista en estos ejemplos. ¿Á qué se reduce vuestro

valor?... ¿Á qué vuestra constancia?... ¿Qué viene á ser vuestro sufrimiento?... Pasemos aun mas adelante. ¿Con qué constancia no procuraron imitar la mortificacion de Jesucristo? Considerándose cual víctimas... Yo no dudo que estais persuadidos de estas verdades, pero ¿cuál es el fruto?... Si en vez de convertirnos..., ¿lloramos nuestra miseria?... Si la conciencia nos recuerda..., ¿detestamos esos extravíos?... Si la justicia divina nos arguye..., ¿nos mostramos temerosos?... Nada, nada de esto hacemos... Hemos perdido la inocencia..., aborrecemos la penitencia... Os hablo cual pastor solcito..., y os digo con san Agustin que la mortificacion para el cristiano no es conveniencia, sino necesidad... Os digo con san Eutimio, que debemos subyugar las pasiones... Os digo con el Crisóstomo, que nuestro cuerpo... Os digo con Salviano, que debemos sujetar... Os digo, por último, que el valor de los Apóstoles, de..., condena nuestra repugnancia á los padecimientos.

5. *Deprecacion*: Gran Dios, Vos que..., infundid ese mismo Espíritu... Haced, Señor..., *Emitte Spiritum tuum, et...*

SERMON I

SOBRE LA FIESTA DE PENTECOSTES.

Cum venerit ille (Spiritus) arguet mundum de peccato. (Joan. xvi, 8).

Quando él (el Espíritu) viniere, argüirá al mundo de pecado.

1. Arguye Dios al hombre de pecado desde el principio de los siglos, y sin embargo el hombre no se muda. Á la transgresion de Adan, castigada con el destierro, sucede el atentado de Cain; al atentado de Cain, patentizado por el terror, sucede la corrupcion de toda carne; y á la corrupcion de toda carne, sumergida con el diluvio, sucede ora la idolatría al pié del monte Horeb, ora la fornicacion en los campos de Moab, ora el menosprecio de la ley en los contornos de Samaria y en el recinto de Sion. Arguye el Hijo de Dios al hombre de pecado en la plenitud de los tiempos, y sin embargo el hombre no se muda. Los oráculos de una doctrina celestial no bastan á disipar las tinieblas de la ignorancia; los ejemplos de una vida santísima no bastan á reprimir la licencia, ni son bastantes á suavizar la barbarie los prodigios de una autoridad tan superior á la de Moisés, cuanto lo es la dignidad de hijo á la condicion de siervo. Arguye finalmente de pecado al hombre el Espíritu Santo en este dia, que puede llamarse el dia postremo de la ley, el dia primero de la Iglesia, el dia conciliador de las dos alianzas, y en este dia, quanto un Dios criador habia pretendido, quanto un Dios redentor habia enseñado y prescrito, queda realizado, cumplido y perfeccionado por un Dios santificador: conséguese el intento. Múdase el hombre: *Cum venerit ille, arguet mundum de peccato*. Múdase el hombre, porque, segun la prediccion de Isafas, los tímidos cobran ánimo, y cambian la humana fortaleza en una fortaleza divina. Los Apóstoles, antes tan pusilánimes, que no osaban defender á su Maestro, defiéndenle ahora valerosamente de los judíos y gentiles, arrostrando intrépidos la perfidia de los unos y la crueldad de los otros. Múdase el hombre, porque, segun la expresion

de Ezequiel, los insensibles se revisten de piedad, y truecan sus corazones de piedra en corazones de carne. Los fieles, tal vez indiferentes antes para con sus hermanos, acuden ahora presurosos en su auxilio, desafiando animosamente los peligros, sujetándose gustosos á las humillaciones, y aceptando alegres toda suerte de trabajos y amarguras. Múdase el hombre, porque, segun las amorosas intenciones de nuestro divino Redentor, los tibios se revisten de fervor, y los humanos corazones, despojados de su antigua frialdad, despiden celestes llamas. Los Apóstoles y los fieles, antes tan inconstantes en el amor de Dios, muéstranse ahora fuertes, amando á Dios con un amor ferviente y sumiso, sábios, amándole con un amor de predileccion, solícitos, amándole con un amor siempre anhelante. Estos son los cambios obrados en el hombre por el Espíritu Santo. Mas estos cambios, amados hermanos míos, ¿se renuevan en nosotros? ¿Nos despojamos nosotros del hombre viejo para vestirnos del hombre nuevo? ¿Mudamos de pensamientos, reformamos nuestro corazon, nos convertimos en otras nuevas criaturas? ¡Ah! hermanos míos, yo bien lo deseo, pero ignoro si es así, é ignorándolo, procuro saberlo, y para saberlo os lo pregunto ahora á vosotros mismos. Pregunto, pues, si para defender la causa de Jesucristo sustituimos nosotros todos á la timidez el espíritu de fortaleza; si para socorrer las necesidades de nuestros hermanos sustituimos á la dureza el espíritu de piedad; si para fomentar en nosotros el amor de Dios sustituimos á la tibieza el espíritu de fervor. Veo que la latitud del asunto excede á los límites de un discurso, y por esto, concretándome al primer punto, pregunto solamente por ahora, si á la timidez sustituimos nosotros, como los héroes de la primitiva Iglesia, el valor, aquel valor que cuando se trata de defender la causa de Cristo habla con valentía, primera parte; obra con intrepidez, segunda parte; padece con constancia, tercera y última parte. Preparaos, amados hermanos, á responder mientras yo me dispongo á interrogaros: *Ave María.*

Primera parte: ¿Tenemos el valor que habla con valentía?

2. Cuando el Espíritu Santo se comunica al alma, la despoja de todo vil temor y le infunde el mas noble aliento, haciéndola de este modo elocuente para descubrir la mentira, para anunciar la verdad, y para cimentar en la confusion de aquella el triunfo de esta. Yo derramaré, decia el Señor por boca de Isaías, yo derrama-

ré mi Espíritu sobre la posteridad de Jacob, y, animado por él, Israel desterrará todo temor y olvidará toda tristeza. Yo haré descender mi Espíritu, añadía por boca de Joel, sobre toda carne, y poseidos de él, se fortalecerán los viejos y los jóvenes para gozar de las visiones, y los hijos pusilánimes y las tímidas doncellas cobrarán ánimo para presagiar lo futuro. Yo enviaré, decia el mismo Jesucristo, mi Espíritu sobre vosotros, é instruidos por este, penetraréis los misterios, entenderéis toda verdad, y recibiréis la sabiduría para vencer en todo trance la contradiccion de los enemigos. Estas dulces promesas, hermano míos, se han cumplido: Pedro, el hijo de la paloma, que poco antes habia abandonado cobardemente á su Maestro, y como vil y perjuro le habia negado, este mismo Pedro, regenerado por el Espíritu Santo, aparece cual otro hombre, sale del cenáculo, lleno de valor y con voz animosa habla á las turbas de los judíos, atestiguándoles que el Justo, el Santo, el Autor de la vida, por ellos pospuesto al ladron, clavado en cruz y muerto cual un infame malhechor, ha resucitado á nueva vida, ha subido al reino inmortal y está sentado á la diestra del Padre; convierte tres mil de ellos en un día, cinco mil en otro, é innumerables otros despues, reduciéndolos á la detestacion de su crimen, á la expiacion de su pecado y á la aceptacion del Evangelio. Santiago y Juan, los hijos del trueno, que se habian mostrado tan débiles como Pedro dejándose vencer del sueño en el huerto, y atemorizándose y abandonando á su Maestro en el acto de su captura; llenos ahora del Espíritu Santo, no conocen temor alguno, acompañan á Pedro en su empresa, y echando en rostro al pueblo su ceguedad, al sacerdocio su perfidia y á los grandes su barbarie, llenan de asombro, confusion y despecho, las plazas, los templos y el consejo de los doctores. Los secuaces todos del Nazareno, los hijos, por decirlo así, de la ignorancia, de la desconfianza y de la prevencion, que cual tímidas ovejas, al caer el Pastor, se habian dispersado por la Judea ó habian huido á Samaria, y mostrábanse aquí y allá recelosos, desalentados y trémulos; inspirados por el Espíritu Santo, se revisten súbitamente de valor, hablan con voz firme á las naciones, y predicando á los judíos, á los gentiles y á los bárbaros la doctrina de Cristo, convencen á la temeraria Sina-goga, confunden la supersticiosa idolatría, y extienden por doquiera el conocimiento de la nueva ley. En vano se procura imponerles silencio, pues ellos, respondiéndolo con impavidez: *Non possumus quæ vidimus, et audivimus, non loqui*, desmienten la rigidez del asi-

deo, condenan la licencia del saduceo, y descubren la hipocresía del fariseo. En vano á la intimacion del silencio se añaden las amenazas; pues ellos, replicando con entereza: *Obedire oportet magis Deo, quam hominibus*, hablan al elamita, y destierran su ignorancia, al parto, y amansan su ferocidad, al medo, al griego, al romano, y corrigen su molicie, su soberbia y su altivez. En vano, por último, se confirma el terror de las amenazas con la ostentacion de los suplicios, pues ellos, oponiendo á todo medio de intimidacion: *Testimonium resurrectionis Jesu Christi*, hácese respetar lo mismo en las asambleas del pueblo, que en los consejos de los escribas y en las escuelas de los extranjeros: ¡á tal punto llegaba la constancia, el esfuerzo y la elocuencia de aquellos generosos defensores de la fe! Esto supuesto, entro de lleno en el asunto, y os pregunto, amados hermanos míos: ¿Cómo procedemos nosotros en la defensa de la causa de Jesucristo? ¿Sustituimos el valor á la timidez? ¿hablamos con oportunidad y firmeza? Si la impiedad levanta entre nosotros su voz en ofensa del dogma; si en alguna reunion de personas oímos blasfemar al ateaista, diciendo que no hay Dios, ó al deista, afirmando que si bien hay Dios, no hay providencia, ó al naturalista, sosteniendo que si bien hay Dios y providencia, no debe el hombre creer mas que lo que alcanza y comprende con la sola luz natural; ¿se levanta de en medio del pueblo alguna voz que contradiga y rebata la blasfemia? y si el pueblo, por falta de instruccion, no es capaz de hacer tanto; ¿hay alguno de la nobleza que salga en defensa de la Religion ultrajada? y si tambien la nobleza calla por vana consideracion á los respetos humanos; ¿hay á lo menos entre los individuos del clero alguno que trayendo á la memoria el valor con que Pedro defendió contra Simon el Mago el misterio de la Trinidad, la valentía con que Juan sostuvo contra el protervo Cerinto la encarnacion del Verbo, y el esfuerzo con que Pablo sustentó contra el impío Imeneo la verdad de la resurreccion, descubra la falsía, destruya los sofismas y rechace las blasfemias de los seductores? Si, como sucede con frecuencia, la relajacion levanta la voz contra la moral, y propala ora por boca del hombre muelle, que el Evangelio manda cosas imposibles de cumplir; ora por boca del licenciado, que si no manda cosas imposibles, prescribe á lo menos un rigor indiscreto; ora por boca del falso sábio, que si no prescribe un rigor indiscreto, establece indudablemente una religion propia mas bien para formar hombres pusilánimes que para servir de guia á las personas sensa-

tas: ¿hay entre vosotros alguno que diga y demuestre que el Evangelio es la ley de gracia, que si es un yugo, es un yugo suave, y que con su observancia nos elevamos de la vil condicion de esclavos del pecado á la noble dignidad de hijos de Dios? Si con ofensa de las buenas costumbres impera entre nosotros la licencia, oyéndose ponderar á cada paso las vejaciones del poderoso, la usura del avaro y el escándalo del disoluto; ¿hay alguno de nosotros, hermanos míos, que condenando las vejaciones del poderoso, aconseje la mansedumbre? ¿que reprobando las usuras del avaro, recomiende la caridad? ¿que vituperando los escándalos del disoluto, aconseje la moderacion? ¡Ah! queridos hermanos míos, ¿podrá, pues, la impiedad so pretexto de instruir, de extirpar las preocupaciones y de infundir en el hombre aquella luz que en vano buscamos aquí bajo, podrá, digo, propalar fábulas, sembrar delirios y difundir por todos lados las tinieblas que tanto aparenta aborrecer? ¿Podrá la licencia, so color de favorecer y auxiliar al hombre, proporcionándole aquellas comodidades que tanto ambiciona, reprobando la virtud, ensalzar la voluptuosidad y abrir la puerta á los vicios de que aparenta ser tan enemiga? ¿Y á todo esto nosotros ahogaremos nuestra justa indignacion y mantendremos cerrada nuestra boca? ¿Cómo pues? la impiedad, castigada en Atenas con la muerte de Sócrates, la molicie, reprimida en Esparta con el destierro, y la licencia, abominada en todas las naciones, ¿medrarán aquí ahora sin obstáculo, y en vez de hallarnos prontos á resistirlas y aniquilarlas, nos hallarán dormidos como los pastores de Asur, condescendientes como los profetas de Acab, y mudos como los perros de Isafás? ¡Oh debilidad! ¡oh abominacion! ¡oh vileza!

Segunda parte: ¿Tenemos el valor que obra con intrepidez?

3. Mas si por fortuna, hermanos carísimos, pudiéreis preciaros de un valor que habla con valentía en defensa de la causa de Cristo, todavía os habré de preguntar si este valor obra con intrepidez en tal defensa. Las palabras han de acreditarse con las obras. El valor y la inactividad son dos cosas que se rechazan mutuamente. Por esto el Espíritu del Señor se compara con el fuego que sin dejar nunca de estar en accion, arde, resplandece, calienta, se agita, se eleva, se dilata; libre, se propaga con rapidez; comprimido, revienta con estrépito; sepultado, reaparece y chispea con ma-

yor fuerza, y cobrando mas intensidad á medida que encuentra nuevo pábulo, comunicase de la maleza á los mas robustos árboles; desde la selva se adelanta hasta invadir las ciudades mejor resguardadas; propágase de la humilde vivienda á los mas soberbios edificios; derriba torres, destruye palacios y lo convierte todo en un monton de cenizas y escombros. Estas grandes propiedades del voraz elemento son, segun dice el Areopagita, la representacion mas viva de aquel fuego divino que en este solemne dia descende sobre los discípulos del Nazareno, quienes penetrados, movidos é impulsados por aquel, salen del cenáculo, y considerando estrechos los límites de la Judea, pasan de una á otra ciudad, de uno á otro mar, de una á otra nacion; soportan intrépidos los mayores trabajos, superan animosos los mas grandes obstáculos, y triunfan valerosos de la ignorancia mas inveterada, de la obstinacion mas contumaz y de la mas feroz crueldad; de manera que en breve tiempo logran sustituir la santidad de su doctrina á las extravagancias de los gauros, á la obscenidad de los egipcios y á los sangrientos ritos de los drúidas, de los eubasios y de los batros. Aquellas soberbias moles consagradas á falsas deidades, que poco antes se elevaban á cada paso sobre la superficie de la tierra, vense en su mayor parte destruidas y arrasadas; las aras sacrílegas que la idolatría erigiera en sus infames templos, caen derribadas al suelo, y el fuego que en ellas encendiera la necia supersticion de los idólatras apágase casi en todas partes para no volver á encenderse jamás. Las nubes pacíficas corren presurosas á cumplir las santas predicciones, y descende sobre la tierra el rocío misericordioso para salud de los pueblos. Los Ángeles acuden solícitos á sanar las inveteradas llagas de las gentes, y los países y las regiones todas cambian de aspecto. Donde antes crecía el espino y la ortiga, nacen ahora las flores del decoro y se cogen los frutos de la honestidad. Las naciones todas, cual piedras vivas, se desbastan y modelan, y se adaptan á la estructura del nuevo é inmortal edificio del cual Jesucristo es el fundamento, la base y la piedra angular. No es ya tan solo en Jerusalem y en Garizim donde se ofrece y adora el sacrificio; mas desde el Oriente hasta el Ocaso, y desde el Austro hasta el Septentrion se invoca el nombre de Dios y se respeta su majestad. Advierte el mundo su repentino cambio, y se queda pasmado de admiracion no llegando á comprender cómo con tanta brevedad ha podido arrojarse de sí las falsas ideas, desechar las antiguas preocupaciones, y corregirse, conformarse y santificarse á ejemplo de Jesucristo. An-

te esta consideracion detengámonos un poco, amados hermanos míos, y veamos cuál es en esta parte nuestro valor. ¿Damos nosotros pruebas de intrepidez apostólica? Para defender el amor de Jesucristo, ¿procuramos en cuanto de nosotros depende atajar los desórdenes, combatir el escándalo, y promover sobre las ruinas del desorden y del escándalo la práctica de la virtud? No os pese, queridos hermanos, dedicar conmigo algunos instantes á este provechoso exámen. Si la seduccion facilita entre nosotros la licencia, si la licencia corrompe las costumbres, si la corrupcion de las costumbres ha llegado hoy hasta el punto de hacernos pensar que la fe está muerta, ó á lo menos vacía de buenas obras; que la inocencia se halla proscrita, ó cuando menos, corrompida por las malas usanzas; y que la modestia, la justicia y la equidad están deprimidas, ó combatidas á lo menos por la disolucion, la perfidia y la iniquidad; ¿llorais vosotros los agravios inferidos á la Majestad divina? ¿deplorais el ascendiente de las malas costumbres? ¿procurais atajar, disminuir y apagar las llamas devoradoras de los vicios? Hoy dia que, con ofensa de la Religion, oimos á cada paso que unos condenan las prácticas de la virtud, otros ridiculizan la frecuencia de los Sacramentos, y otros en fin menosprecian la observancia de las leyes divinas y humanas, ¿hay entre vosotros alguno que, como Moisés, aconseje el bien, que, como Samuel, inculque la piedad, que, como los Apóstoles, se muestre celoso defensor de la honra del Altísimo? Discurred sobre estas preguntas, y responded, si lo teneis á bien. Paréceme que oigo contestar á alguno, que tambien entre nosotros, con menoscabo de la inocencia, las hijas de Moab ponen asechanzas al pueblo de Dios; mas claro, que tambien hoy dia la impúdica mujer de Babilonia circula osadamente por nuestras calles procurando seducir á los incautos, y que en mas de un rincon de nuestra ciudad los agentes y satélites del vicio arrastran ó procuran arrastrar la juventud al desorden. Esto supuesto, quisiera que me dijerais si hay entre nosotros quien muestre el celo de Finees en castigar la impudencia, ó recuerde en alta voz las amenazas del Apocalipsis para reprimir la osadía, ó manifieste la intrepidez de los Apóstoles en condenar é impedir la iniquidad. Reflexionadlo, y responded, si gustais. Paréceme que oigo decir que, con perjuicio de la modestia, de la justicia y de la equidad, prospera la disolucion, prevalece la perfidia y triunfa la maldad. Por tanto, quisiera saber si hay alguno de nosotros que se oponga á la licencia, combata la maldad y salga á la defensa de la virtud.

Reflexionad, y respondedme, si lo teneis á bien. Mas observo que callais y os ruborizais, avergonzados tal vez al considerar lo que sois y lo que debiérais ser. Sin embargo, todavía me falta añadir que el valor cristiano no solo habla con libertad y obra con intrepidez, si que tambien padece con constancia.

Tercera parte: ¿Tenemos el valor que padece con constancia?

4. En efecto, el atributo esencial del valor consiste en acreditar las obras con los padecimientos. La intrepidez, cuando no va acompañada de la constancia, mas bien merece el nombre de transporte. La empresa que no causa fatiga, ni halla oposicion ni acarrea disgustos, no es empresa digna de un corazon animoso. El valor del verdadero fiel es de tal naturaleza, que ni le arredran los obstáculos, ni le espantan las persecuciones, ni se deja sujetar por los lazos de la naturaleza. Volvamos por un momento á los Apóstoles. ¿Qué constancia no fue la suya en procurar el establecimiento del Evangelio de Cristo entre los hebreos? Ni las afrentas que se les prodigaban en las asambleas, ni el peso de las cadenas con que se les aprisionaba, ni los azotes, ni el destierro, ni la muerte bastaban á perturbar su serenidad, ni á borrar de su semblante las señales de una alegría celestial, capaz por sí sola de alejar la desconfianza y persuadir la verdad. Bien lo sabeis vosotros, ó hebreos, ó hijos endurecidos de Abrahan; mas á pesar de esto no quereis despertar de vuestro sueño, no quereis abrir los ojos á la luz, y aunque no teneis templo ni altar, aunque os veis privados de aquel fuego, que del santuario de la antigua y abolida ley ha sido trasladado al templo de otro nuevo y mas digno tabernáculo, todavía continuais resistiendo al Espíritu Santo, todavía permanecéis con el corazon incircunciso, y todavía persistís en vuestra proterva contumacia. ¡Oh ignominia! ¡oh perversidad! Pero pasemos adelante. ¿Qué constancia no manifestaron los Apóstoles al anunciar á las gentes el nombre de Cristo? resistian impávidos á las amenazas de los gobernadores como á los furiosos arranques de los tiranos, y aun en medio de los tormentos conservaban aquel lenguaje á la vez dulce y enérgico, tan propio para humillar el orgullo de la supersticion como para ensalzar y acreditar la humildad de la cruz. Débiles cristianos, muelles sectarios del Crucificado, poned la vista en estos ejemplos. ¿Á qué se reduce vuestro valor, comparado con el de aquel Pescador que impone respeto á las potestades de la tierra?

¿Á qué se reduce vuestra constancia comparada con la de aquel rústico que confunde á los mas sábios filósofos? ¿Qué viene á ser vuestro sufrimiento en comparacion del de aquel hombre inerme cuya paciencia triunfa de la barbarie? Pero pasemos aun mas adelante. ¿Con qué constancia no procuraron los Apóstoles imitar la mortificacion de Jesucristo? Considerándose cual víctimas destinadas á la muerte, crucificaban de continuo su carne con toda suerte de abstinencias, y en medio de las calumnias de los falsos hermanos, de las vejaciones de los enemigos declarados, y de los estímulos de la rebelde naturaleza, alimentaban en su corazon, revelaban en su semblante y expresaban con los labios aquella alegría íntima que nos dispone á padecer, y mitiga y suaviza nuestros padecimientos. Amados hermanos míos, herederos de la sangre [del divino Redentor, yo no dudo que estais persuadidos de estas verdades; pero decidme, ¿cuál es el fruto de esta persuasion? Si la naturaleza se opone en nosotros á la gracia, y los sentidos resisten á la razon; si la carne se sobrepone al espíritu y las pasiones avasallan el corazon; si el amor del mundo ahoga y aniquila en nosotros el amor de Dios; en una palabra, si en vez de convertirnos en una Jerusalen nos transformamos en una Babilonia, ¿lloramos nuestra miseria, resistimos á nuestros enemigos, á nuestras debilidades, á nuestras flaquezas y á nuestras caidas? ¿Oponemos á tamaños males las lágrimas, los gemidos y las violencias? Si la conciencia nos recuerda nuestros extravíos, nos echa en cara nuestra rebeldía y condena incesantemente los excesos de un cuerpo que se ha hecho esclavo de la iniquidad, ¿detestamos esos extravíos, contenemos esa rebelion, procuramos convertir nuestros miembros en instrumento de nuestra santificacion? Si la justicia divina nos arguye de transgresion, nos acusa de pecado y nos amenaza con el castigo, ¿nos mostramos temerosos de los divinos juicios? ¿procuramos expiar nuestras culpas? ¿nos condenamos á aquella muerte temporal que puede librarnos de la muerte eterna? Nada, nada de esto hacemos. Con desprecio de la ley grabada por Dios en nuestro corazon, hemos perdido la inocencia; con desprecio de los consejos de Jesucristo, aborrecemos la penitencia, y con desprecio del ejemplo de los Apóstoles, no queremos morir al mundo, á la carne y al pecado. Veo, hermanos carísimos, la turbacion que mis palabras os causan, pero yo no puedo callar, no debo disimular, no quiero sacrificar los intereses de la eterna salvacion á los impulsos de la debilidad. Os hablo cual pastor solícito del bien de su rebaño, os ha-

blo cual padre amante del bien de sus hijos, os habló cual prelado ansioso del bien de las almas, y os digo con san Agustín que la mortificación para el cristiano no es conveniencia, sino necesidad; que los padecimientos para el pecador no son de consejo, sino de precepto; que la penitencia para nosotros no es libertad, sino deber: *Hoc est corpus nostrum actiones carnis mortificare.* (Serm. XIII de verbis Dom.). Digo con san Eutimio, que debemos subyugar las pasiones, para que estas no nos subyuguen á nosotros; abandonar al mundo, para que el mundo no nos abandone; morir á la carne, para que esta no nos domine y nos haga perder la vida eterna: *Oportet eum, qui Christum sequitur, mortuum esse ad mundanas voluptates.* (Eutim.). Digo con el Crisóstomo, que nuestro cuerpo es nuestro mayor enemigo: *Hunc hostem habemus perpetuum et fœderis nescium.* (Hom. LX in Gen.). Digo con Salviano, que debemos sujetar á este enemigo de manera que no se oponga á la práctica del bien: *Corpus infirmandum est, ut optata faciamus.* (Epist. ad Sor.). Digo, por último, que el valor de los Apóstoles, de los discípulos y de los primeros fieles condena nuestra debilidad, y nuestra repugnancia y aversión á los padecimientos.

5. Gran Dios, Vos que en este día difundísteis sobre los primeros cristianos el espíritu de fortaleza, de aquella fortaleza que hablaba con valentía, obraba con intrepidez y padecía con constancia en defensa de vuestro honor, infundid ese mismo espíritu en el corazón de estos mis amados hermanos, para que en defensa de la fe desmientan la impiedad, en defensa de la moral reprueben la relajación, y en defensa de las buenas costumbres condenen la licencia; para que juntando la valentía en el hablar, la intrepidez en el obrar, procuren combatir los desórdenes, extirpar el escándalo y promover la virtud; y para que acreditando la intrepidez en el obrar con la constancia en padecer, se hagan superiores á la aspereza de los trabajos, á las persecuciones de los enemigos, y á la repugnancia de la naturaleza. Haced, Señor, que así como mientras estaba hablando en Cesarea el primero de los Apóstoles, descendió el Espíritu Santo á confirmar á los nuevos fieles: *Adhuc eo loquente, cecidit Spiritus Sanctus super eos;* así ahora, mientras habla el último de vuestros ministros, descienda el Espíritu divino y vigorice todas estas almas. Este es el prodigio que el padre implora, este el favor que los hijos desean, esta la saludable mudanza que el padre y los hijos anhelan, solicitan y esperan: *Emitte Spiritum tuum, et creabuntur, et renovabis faciem terræ.* Amen.

ESQUELETO DEL SERMON II

SOBRE LA FIESTA DE PENTECOSTES.

Factus est repente de caelo sonus, tamquam advenientis spiritus vehementis. (Act. II).

Vino repentinamente un sonido del cielo como de viento, que soplabá con ímpetu.

1. Aunque esta solemnidad parezca propia de los discípulos del Señor, de ningún modo estamos nosotros excluidos de ella... El fuego que descendió hoy de los cielos, permanecerá entero en el mundo hasta su fin... Figura de este fuego fue aquel que bajó sobre el sacrificio de Moisés... Manera prodigiosa con que se conservó antes y después de la cautividad de Babilonia...

2. Los judíos celebraban la fiesta de Pentecostes, esto es, el día quincuagésimo de su salida de Egipto, día en que el Señor les hizo el beneficio de darles la ley... Esta ley no era todavía perfecta. Mostraba el camino del cielo, pero no daba fuerza al hombre para andar... Mas el Espíritu celestial iluminó las almas, las encendió en amor, y les dió fuerzas para cumplir perfectamente todos los preceptos de la ley. Ya lo había prometido Dios por Isaías...

3. De ahí se podrán colegir varias diferencias entre una y otra ley. La antigua se escribió en tablas de piedra, la nueva en los corazones de los fieles, en los cuales habita el Espíritu Santo... Aquella fue de terror, esta es de amor; aquella..., esta... *Non enim accepistis,* dice el Apóstol, *spiritum servitutis iterum in timore, sed...* También hay desigualdad entre los legisladores: la ley se dió por Moisés, la gracia y la verdad se hizo por Jesucristo... Cuanto mas digno es el legislador, tanto mas sublime es la ley dada por él... Cuanto mayor es el beneficio, tanto mas digna debe ser la solemnidad, mas ardiente la caridad, y mas devota la acción de gracias...

Primera parte: Historia de la venida del Espíritu Santo.

4. Ya antes de su pasión dijo Jesús á sus discípulos para consolarlos: *Ego rogabo Patrem, et alium Paracletum dabit vobis.* Después de ella, por tres veces les hizo la misma promesa: *Mittam promiss-*